

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS,

por

D. Eusebio Planas.

—
Cuaderno 23 de ocho entregas.
—

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

L47
2239

EL MANUSCRITO

UNA MADRE

DE UNO DE LOS AUTORES

DE LA OBRA

ENRIQUE PEREZ ESCOBAR

ILUSTRADA POR TALLERES GRAFICOS REPARTE Y DIBUJADOS

DE

D. Erasmo Páez

Quadrante 23 de calle entresaca.

MADRID

JOSE VILCHES Y COMPAÑIA EDITORES

Y calle de la Plata, número 23

1922

medio del silencio religioso de los campos, yo ví tu cuerpo, alma de mi alma, esencia de mi sér, desarrollarse, y ese recuerdo, única poesía de mi vida, me hace deramar abundantes lágrimas de ternura sobre estas páginas que para tí escribo.

VI.

» Instalados en Horche, en la modesta casa donde trascurrió tu infancia, yo llegué á creerme verdaderamente feliz.

» ¿Y cómo no serlo, cuando me habia unido, con los lazos indisolubles del matrimonio, al hombre que amaba con toda mi alma?

» La luna de miel, ese período poetizado por el amor y la juventud, fué para mí corto como la existencia de esas pobres flores que guarda avaro el jardinero entre cristales.

» Pedro pasó conmigo quince dias.

» Durante este tiempo, el mas feliz de mi vida, cariñoso y complaciente, se desvelaba por satisfacer todos mis deseos.

» Una mañana, mi esposo recibió una carta de Madrid. Esta carta fué el primer grito de dolor que brotó de mi pecho, pues en ella le decian que era preciso se incorporase inmediatamente á su escuadron.

» Pedro me leyó aquella carta, verdaderamente conmovido. Yo la escuché en silencio y con los ojos llenos de lágrimas, porque la idea de la separacion oprimia dolorosamente mi espíritu.

—»¿Vas á partir?—le pregunté fijando en él mis apasionados ojos.

—»Soy militar, Ángela,—me dijo:—no es mi voluntad, sino el deber el que me obliga á separarme de tu lado; pero yo te amaré siempre, y donde quiera que me halle, mi pensamiento será para tí.

»Al dia siguiente, transida de dolor y anegada en llanto, ví partir á mi esposo, ni menos triste, ni menos apesadumbrado que yo.

»¡Ay! ¡quién pudiera decirme entonces que aquel amor era solo una mentira engañadora, que habia de destrozar con el tiempo mi apasionado corazón!

VII.

»Trascurrió el tiempo: el tiempo, hijo mio, que por nada se detiene, y que va poco á poco aproximándonos á la muerte.

»Pedro me escribia frecuentes y apasionadas cartas; pero se hallaba tan lejos de mí y tenia tan pocas esperanzas de reunirse conmigo, que esta ausencia causaba á mi alma un dolor profundo.

»Siguiendo los consejos de mi querida tia, le participé que iba á ser madre, suplicándole al mismo tiempo que pusiera de su parte todo cuanto pudiera para reunirse conmigo antes de que llegara la hora de dar á luz el querido fruto de nuestro amor.

»Ven, Pedro mio,—le decia;—teniéndote á mi lado, mi espíritu recobrará las perdidas fuerzas, y lleno el co-

razon de alegría, soportaré con mas valor los naturales sufrimientos á que la naturaleza ha espuesto á las mujeres, para que, recordándolos siempre, amen mucho mas al inocente sér que los causa.

»Pedro, con palabras sentidas, me contestó, que, aunque le partia el corazon el no hallarse á mi lado, le era de todo punto imposible abandonar, por entonces, su regimiento. Recuerdo las últimas palabras de su carta, que me llenaron de sobresalto. Decia así:

«Resígnate, Ángela mia, á dar la vida á un sér que nos pertenece por igual y que será de hoy en adelante, el dulce lazo que una mas y mas nuestros enamorados corazones. Me es de todo punto imposible correr á tu lado. Si abandonara en estos momentos mi escuadron, mis compañeros me tendrian por un cobarde; he dado mi palabra para un asunto grave que no puedo revelarte por escrito.

»Tengo ambicion y deseo conquistarme un puesto en la milicia, que os ponga al abrigo de la miseria. Ruega, pues, á Dios, con tus labios puros, que la fortuna no abandone á tu querido esposo.»

VIII.

»El contenido de esta carta me llenó de sobresalto.

»Sin poderme explicar la razon, tuve un gran miedo de que sucediera á Pedro alguna desgracia.

»Sus ideas exageradas en política, su ambicion desmedida, su afan de ganar grados, me hicieron sospechar que proyectaba alguna empresa arriesgada.

«Pronto tuve ocasion de convencerme de que estos temores no eran infundados, pues un periódico que la casualidad puso en mis manos, me reveló que el regimiento donde servia Pedro de Lostan se habia pronunciado, y, segun el parte del gobierno, le perseguian tres columnas.

«Yo leí con espanto aquella noticia, y mi exaltada imaginacion creyó ver á Pedro sentenciado á muerte por un consejo de guerra.

«Aquella misma noche, presa del mayor sobresalto y anegados los ojos en lágrimas, me sorprendieron los dolores del parto, y tú, hijo mio, respiraste el primer soplo de vida, gérmen infalible de la muerte, á esa hora en que la luz del alba envía su sonrisa á los pobres moradores de la tierra.»

CAPÍTULO V.

La noche del 14 de Diciembre.

I.

«No hay nada comparable con la inmensa alegría de la mujer que estrecha dulcemente contra su amoroso pecho al tierno hijo á quien acaba de dar el sér.»

«Nunca la luz del día, ni el primer rayo del sol, han brillado ante mis ojos con tan poético resplandor como aquella bendita mañana en que tú naciste.

«Yo te estrechaba contra mi seno, loca de alegría, y tus ojos parecían dirigirme miradas que penetraban en mi alma.

«Porque, ¿qué otra cosa es una madre que una loca pacífica del amor? ¿un sér escesivamente sensible que se estremece, como las hojas de la sensitiva, ante un gemido, ante una sonrisa, ante una mirada de su hijo?

«Porque su hijo, carne de su carne, sér de su sér, alma de su alma, es una parte de su espíritu que se agita, que goza y sufre, y por eso siente sus placeres y

sus dolores, y los sufre con mas resignacion, con mas calma que los suyos propios.

»¡Ah! ¡por qué no he de manifestarte mi egoismo maternal, en aquel instante supremo para mí!... ¡Lo olvidé todo!... El mundo se redujo para mí en el inmenso amor que brotó de mi alma al sentirte gemir entre mis brazos.

II.

»Calmado un poco el entusiasmo maternal, indiqué á mi tia el deseo de escribirle á tu padre, para participarle el acontecimiento.

—»Pero estás loca, Ángela,—me contestó.—¿Sabes tú por ventura á dónde se halla Pedro?

—»¡Es verdad!—respondí con tristeza, recordando que se había pronunciado pocos dias antes el regimiento de tu padre, y que, nosotras al menos, ignorábamos su paradero.

—»Lo único que puedo hacer,—añadió mi tia,—preguntarle al médico, cuando venga, si sabe algo...

—»Sí, sí, dice usted bien: el médico podrá indicarnos el paradero... del regimiento.

»Aquí, por la primera vez en estas memorias, voy á hablarte de un leal amigo, de un hombre bondadoso que logró con el tiempo inspirarme una gran confianza, porque comprendí que me amaba como puede amar un padre.

»Ya supondrás que voy á hablarte del doctor Samuel,

que por entonces hacia pocos meses se habia establecido en el pueblo.

»Desengañado del mundo y enfermo, vino á Horche en busca de la salud y la calma. ¡Dios le premie los beneficios que nos ha hecho y el amor desinteresado que siempre te tuvo!

III.

»Apenas ví entrar en mi alcoba al doctor Samuel, y antes de darle cuenta del estado de mi salud, le pregunté si sabia el paradero del regimiento que se habia pronunciado.

—Segun he leído en los periódicos, —me contestó,— la mayor parte de ese regimiento se ha unido á la columna del gobierno que los perseguia; pero parece ser que algunos oficiales ó sargentos, mas comprometidos, se dirigen hácia la frontera de Portugal.

—¿Y no se dice los nombres de esos oficiales?— pregunté sobresaltada.

—No, señora.

»Yo guardé silencio: temia comprometer á Pedro diciendo que se hallaba entre los sublevados. Y como entonces hacia poco tiempo que conocia al médico Samuel, no era prudente tener una completa confianza.

IV.

»Me seria difícil, hijo mio, describir la terrible inquietud que se aposentaba en mi pecho.

»Todos los días me procuraba un periódico, y al tenerlo entre mis manos, las lágrimas anublaban la luz de mis ojos, temerosa de encontrar en aquel impreso una nueva fatal.

»Un día encontré la relación de los que había sentenciado á muerte el consejo de guerra.

»Se apoderó de mi cuerpo un gran temblor, y no me atrevía á leer los nombres de aquellos desgraciados.

»Temía encontrar allí el de tu padre, y no me resolvía á fijar los ojos en el periódico: me faltaba valor.

»Por fin hice un esfuerzo y leí la relación detallada, lanzando un grito de gozo... ¡grito egoísta, infame!... lo conozco, porque no estaba Pedro entre aquellos desgraciados.

»En el mismo periódico encontré estas líneas, que calmaron en parte mi angustia:

«Entre los sublevados que han logrado salvarse, penetrando en Portugal, parece que se hallaba el alma, por decirlo así, de la insurrección, don Pedro Lostan, teniente del primer escuadrón, y quien, según dicen, mas ha trabajado.»

«Las autoridades portuguesas han conducido á los emigrados á varios depósitos.»

»Pedro se había salvado, pero yo ignoraba su paradero. Sabía que se hallaba en Portugal; pero, ¿en qué punto?

»Además, no dejaba de comprender que, sobre todo en aquellos momentos en que tanto se hablaba del teniente Lostan, hubiera sido una imprudencia escribirle.

»Me resigné con mi suerte y esperé, porque tú, Daniel de mi alma, comenzabas á ser el único consuelo de mi corazón.

V.

»Estaba escrito, hijo mio, que mi vida fuese un gemido prolongado, un dolor sin fin.

»Durante un mes de espantoso silencio, pasé mortales angustias. Pero Dios me habia concedido un hijo, y el ángel del consuelo que se nutria con la savia de mi pecho, daba fuerzas á mi espíritu y esperanzas á mi corazón.

»Sin tí, Daniel mio, mi vida hubiera sido mas corta, porque hay amarguras que solo se sufren cuando se tiene un hijo á quien dedicar nuestros cuidados, nuestro amor y nuestra ternura.

VI.

»Trascurrieron dos meses.

»El silencio de tu padre era inesplicable. Yo esperaba al menos una carta que calmara mi incertidumbre, pero esa carta no llegaba.

»Por fin, una mañana ví entrar al cartero, y no pude contener un grito de gozo.

»Me dió una carta y le pregunté de dónde era.

»Me contestó que de Madrid, y se marchó.

»Como puedes comprender, yo conocia perfectamente la letra de tu padre. Era la del sobrescrito: pero, ¿no estaba en Portugal?

»Rompí precipitadamente el sobre y leí con agitacion estas cortas líneas.

«El dia 14, á las doce de la noche, llamaré á tu puerta: espérame sola, porque si me descubres, corre peligro mi cabeza.»

»Aunque la carta no estaba firmada, aunque no iba dirigida á una persona determinada, yo comprendí al momento que era de Pedro, á quien indudablemente amenazaban nuevos peligros.

»No dije nada á mi tia ni á los dos criados que con tanta fidelidad nos han servido siempre, y para que no advirtieran en mi semblante la inquietud y el placer que al mismo tiempo me habia causado la carta, procuré pasar los dos dias que faltaban para aquel en que me daba cita Pedro, encerrada sola contigo, que no podias leer aun en mis ojos el estado de mi alma.

VII.

»Por fin llegó la noche del 14. Era una noche fria y desapacible del mes de Diciembre.

»Yo ocupaba la habitacion baja que tú conoces, y que siempre fué la mia, desde que me establecí en Horche, llena de vida y de juventud, hasta hoy que te escribo estas líneas, casi moribunda.

»Mandé á Mónica que me trajera algunos troncos de leña, diciéndole que queria tener fuego en la chimenea toda la noche, pues al amanecer se quedaba muy fria la habitacion.

»Hasta las diez mi tia, Mónica y Tomás el hortelano pasaron la velada conmigo. Á esta hora me dieron las buenas noches y se retiraron á sus dormitorios.

»Por fin me quedé sola. Lo deseaba con tanta ánsia, que nunca me ha parecido tan larga una noche.

»Yo habia dispuesto algunos manjares y una botella de vino añejo, calculando que Pedro tendria necesidad de tomar algun alimento.

»Me sentia trémula, inquieta, como si fuera á cometer alguna accion vergonzosa, como si en vez de un esposo adorado, fuera un amante el que esperara.

»Tú sabes y conoces perfectamente, Daniel mio, la habitacion de que te estoy hablando. Tiene dos grandes ventanas antepechadas: una que toma las luces de la huerta, la otra de la calle.

»Cuando el reloj de la torre dió las once de la noche, mi impaciencia era tanta, que te acosté con gran cuidado en la cama, para que no te despertaras, y fui á abrir la ventana que daba á la calle, colocando antes la luz en la alcoba para no ser vista.

»Una ráfaga de viento helado se estrelló en mi rostro. La calle estaba desierta: la noche oscura. Cerré la ventana y fui á sentarme junto á la chimenea, pensando en mi desgraciado esposo, que sufría indudablemente la inclemencia de aquella noche cruda, esperando en los alrededores del pueblo que sonara la hora de la cita.

VIII.

»Todo en este mundo tiene su término; todo llega,

hijo mio, y el tiempo, pasando con rapidez, se burla, cuando somos viejos, de nuestras impaciencias de la juventud.

»Por fin dió el reloj las doce de la noche; yo volví á abrir con mano trémula la ventana de la calle.

»Ni ví á nadie ni oí nada, pero no quise retirarme de la ventana, ocupándome poco del espantoso frio que hacia.

»Trascurrieron algunos minutos, durante los cuales dirigia miradas inquietas hácia todos los lados.

»El silencio de la noche tenia para mí una melancolía infinita, y mi espíritu se hallaba atormentado por tristes y funestos pensamientos.

»De repente apareció una sombra al extremo de la calle. Mi corazon latió con violencia, parecia decirme: «Pedro se acerca, esos pasos que oyes en el silencio de la noche son los suyos.»

»Yo temí engañarme y me retiré, entornando la ventana, pues discurría que, si era él, llamaria para avisarme.

»Apliqué el oido y permanecí inmóvil.

»Sus pasos fueron acercándose, llegaron hasta el pié de mi ventana y allí se detuvieron. Hubo un momento de silencio y luego llamaron dando unos golpecitos en los cristales de la ventana.

»Yo no esperé mas, abrí con precipitación la ventana, y un segundo despues un hombre saltaba desde la calle á la sala.

»Al verle, lancé un grito involuntario, porque aquel

hombre, vestido pobre, miserablemente, con la barba crecida y un enorme palo en la mano, me dió miedo.

»Entonces, abalanzándose hácia mí y cogiéndome por un brazo, me dijo en voz baja:

—»¡Silencio, Ángela!... ¡silencio, por Dios! ¡tus gritos pueden perderme!...

»¡Ah! era él, le habia reconocido en la voz, y ahogándome la alegría, me dejé caer en una silla, murmurando:

—»¡Pedro de mi alma!...»

CAPÍTULO VI.

Donde el emigrado relata una parte
de su historia.

I.

«Pedro, mientras tanto, cerró la ventana y se arrimó á la chimenea, diciendo:

—»¡Qué bien has hecho en tener lumbre!... ¡vengo muerto de frio!... ¡Dios te lo pague, Ángela, Dios te lo pague!

»Yo apenas podia volver de mi asombro, miraba á Pedro sin poder dirigirle la palabra, como si tuviera un nudo en la garganta. —————

»Además, creí notar una espresion de profunda tristeza en el semblante de tu padre, y temiendo que me revelara una historia triste y llena de peligros, no me atrevia á preguntarle nada.

»Pero este silencio no podia ser duradero, y Pedro lo rompió por fin, diciéndome:

—»Ya lo ves, Ángela... vengo hecho un pordiosero... he sufrido tanto, que hubiera sido preferible morir de un balazo.

»Yo entonces me arrojé en sus brazos, y cubriéndole el rostro de besos y lágrimas, exclamé:

—»¡Morir tú! ¡el padre de mi hijo! ¡Ah! ¡Dios ha hecho bien en conservarte la vida para nuestro Daniel!

»Al oír mis palabras, se reanimó su fisonomía, poco antes abatida, y demostró grandes deseos de verte.

»Yo entonces le conduje á la alcoba donde tú dormías ese sueño dulce y encantador de la inocencia.

»Por temor de despertarte, te estuvo mirando algunos segundos con inefable gozo, hasta que por fin te besó en la frente tres veces: tú no te despertastes.

II.

»Volvimos á salir de la alcoba y nos sentamos cerca de la lumbre.

»Como yo le pregunté si tenía necesidad de tomar algo y me contestó que no había comido desde por la mañana, acerqué á la chimenea un velador y saqué la cesta de un armario.

»Lo dispuse todo oyendo las palabras cariñosas que me dirigía.

»Pedro comenzó á comer con mucho apetito, y satisfecha esa imperiosa necesidad del estómago, comenzó, accediendo á mis súplicas, á referirme sus cuitas del modo siguiente:

III.

«Si la policía me descubriera, me formarían consejo

de guerra y sería fusilado como lo fueron mis pobres compañeros; pero tengo la esperanza de que estos sobresaltos en que vivo durarán poco.

—»Pero si tantos peligros corres,—esclamé yo sobresaltada,—¿por qué has venido á España? ¿Por qué no me has escrito desde Portugal y yo hubiera ido á reunirme contigo?

—»¡Ah, querida Ángela! tú no sabes las amarguras, las penalidades, hasta la miseria que pasa un pobre emigrado en el extranjero. Yo sé lo que me amas y sé de lo que es capaz tu bondadoso corazón; por eso he guardado silencio, y este silencio que á tí te estraña, era para mí muy doloroso; pero, en fin, ya estoy á tu lado, ya he tenido la inmensa dicha de veros á tí y á mi hijo, y como el errante y fatigado viajero, detendré mi paso algunos instantes para respirar tranquilo bajo el hospitalario techo del hogar doméstico.

—»¡Pero yo no quiero que te vayas, yo no quiero que nos abandones!—esclamé.

»Pedro fijó en mí una triste mirada, se sonrió de un modo doloroso, y haciendo luego un movimiento con los hombros, volvió á decirme:

—»La suerte está echada y los hombres que se hallan en mi situación no pueden retroceder. ¡Quién sabe! tal vez mañana me vea precisado á arriesgar nuevamente mi vida. La desgracia y la fortuna son inconsecuentes. Si hubiéramos salido vencedores, todo el mundo hubiera venido á rendirme palabras de admiración, y el gobierno hubiera recompensado mis servicios; pero ha

sucedido lo contrario, y una sentencia de muerte se halla suspendida sobre mi cabeza.

—»¡Dios mio!—esclamé sobresaltada.

—»Tranquilízate, Ángela. Tengo en Madrid un protector que, como yo, está interesado en que triunfe la causa por la que arriesgué la vida. Afortunadamente me creen en Portugal y nadie puede sospechar que yo me halle aquí; esto es una ventaja para que me dejen tranquilo. Si aprecias mi vida, si te interesas por mi porvenir, guarda en el fondo de tu corazón el amor que me profesas; no pronuncies jamás mi nombre.

—»Así lo haré, Pedro mio; pero ¿cómo quieres que mi espíritu quede tranquilo y que la calma vuelva á aposentarse en mi pecho cuando tantos peligros te rodean?

—»Escucha, Ángela, —añadió Pedro procurando tranquilizarme;—si la policía llegara á descubrir que una mujer jóven y hermosa como tú se hallaba unida, con los santos é indisolubles lazos del matrimonio, con el teniente Pedro Lostan, sospechando con justa razón que la juventud apasionada y poco precavida comete siempre imprudencias, pondrían espías que celaran tu casa esperando que yo viniera á verte. Afortunadamente todos ignoran mi casamiento y no es fácil que el gobierno mande á sus sabuesos á este pueblo para prender al que creen en Portugal.

IV.

»Pedro me pintó de un modo tan horrible, de un modo

tan triste, con unos colores tan espantosos el peligro que le rodeaba y lo importante que era para su salvacion el que yo guardara el mas profundo silencio, que yo acabé por convencerme de que la menor imprudencia mia podia perderle.

»¡Ah, yo ignoraba entonces que con el tiempo aquella súplica debia convertirse en un mandato! Pero continúa, hijo mio, leyendo estas tristes páginas, estas páginas que para tí solo escribo, y cuando termines su lectura, dedícale un recuerdo cariñoso á tu pobre madre, sobre cuya frente no brilló el sol de la felicidad desde el venturoso dia que tuvo la inmensa dicha de darte á luz.

V.

»Pedro me esplicó la causa de su difícil situacion, pero al mismo tiempo procuró tranquilizarme, diciéndome que algunos hombres importantes trabajaban mucho en pro de su causa y que estaba próximo un nuevo pronunciamiento.

»Las sublevaciones militares son, por desgracia, bastante frecuentes en España.

»¡Cuántos hombres han perdido la vida! ¡cuántos, protegidos por la fortuna, han escalado altos puestos en la milicia!

»La ambicion, reina absoluta del corazon humano, ciega los ojos é impulsa á las criaturas á llevar á cab empresas temerarias.

»Tu padre era ambicioso, querido Daniel, tenía un valor poco comun y una temeridad ciega.

»En vano yo procuraba aconsejarle. Él no daba oídos á mis consejos, creyéndolos una debilidad femenina, y yo me convencí pronto de que Pedro, por realizar sus ambiciosas aspiraciones, se sentía con fuerzas para sacrificarlo todo, hasta mi amor, hasta el cariño de su hijo.

»Dios me perdone si entonces formé juicios poco favorables á mi esposo: juicios, hijo mio, que me costaron muchas lágrimas y muchas noches de insomnio y que el tiempo ha venido desgraciadamente á confirmar.

»Yo le amaba con toda el alma; yo le amo aun con todo mi corazón en estos momentos sublimes en que te escribo y que veo la muerte aproximarse hácia mí paso á paso.

»Pero, ¿me amaba Pedro del mismo modo? No; su amor fué solo un capricho pasajero, un rápido deseo que, una vez satisfecho, apaga su entusiasmo y deja la frialdad en el corazón.

VI.

»Como Pedro me manifestó deseos de que nadie, absolutamente nadie supiera que se hallaba en casa, yo dispuse una habitación en el piso bajo y solo separada de mi alcoba por un tabique.

»Allí permaneció ocho días.

»Yo cuidaba de su alimento, y cuando todos en casa

se entregaban al descanso, salía de su escondite y pasábamos la noche hablando junto á la chimenea.

»Pedro me decia siempre:

—»Estoy esperando una carta, y tan pronto como la reciba, me veré precisado á abandonarte.

—»Yo, creyendo que aquella carta seria mensajera de nuevas desgracias, rogaba á Dios porque no viniese nunca, pero cada dia que pasaba, el mal humor, la inquietud aumentaban para Pedro.

»Muchas veces, sentado á mi lado, pasaba una y otra hora encerrado en el mas profundo silencio, con la mirada tristemente fija en la llama de la chimenea y profundamente abismado en sus reflexiones.

»Ni mis caricias, ni la presencia de su tierno y querido hijo lograban distraerle en estos momentos, porque la ambicion absorbía por completo su alma: era el fuego interior que devoraba su sér.

VII.

»Una mañana vi entrar al cartero, y la sola presencia de aquel hombre me estremeció.

»Entregóme una carta en cuyo sobrescrito venian mi nombre y apellido. Yo entré en la habitacion de Pedro y le dí la carta.

—»¡Gracias á Dios!—murmuró él rompiendo el sobre precipitadamente.

»Observé que todas sus facciones se reanimaron leyendo aquel papel.

»Yo le contemplaba con creciente inquietud, y él, que así lo comprendió, después de guardarse la carta en el bolsillo, me dijo con una sequedad que hizo pedazos mi corazón:

—»Ángela, ha llegado el momento; esta noche debo partir.

—»¡Partir! ¡abandonarnos!—murmuré yo desolada.

—»Los hombres tenemos altos y graves compromisos que cumplir. Yo estoy empeñado en una empresa en la que arriesgo la vida, lo conozco, pero que puede también proporcionarme todo lo que ambiciono. Sería inútil que te empeñaras en disuadirme; mi suerte está echada y seguiré adelante impávido, sin que nada me detenga. Cuida de nuestro hijo y vive tranquila.

»Yo me arrojé á sus piés, y abrazándome á sus rodillas, le rogué con lágrimas en los ojos que no nos abandonara; pero todo fué en vano. Su corazón, insensible á mis súplicas y á mis lágrimas, no se conmovió.

»Aquella misma noche Pedro cargó cuidadosamente un par de pistolas, se puso un traje de campo que yo le habia proporcionado, y envuelto con un capote de monte, salió por la ventana, ofreciendo darme noticias tuyas tan pronto como las circunstancias se lo permitieran.

»Yo corrí á la alcoba donde tú dormías, te estreché contra mi pecho anegada en lágrimas y elevé á Dios una súplica para que velara por la vida de tu padre.»

CAPÍTULO VII.

El niño enfermo.

I.

«Volví á quedarme sola—decia el diario—con mis inquietudes, con mis lágrimas, con mis sufrimientos; pero te tenia á tí, que eras el único y gran consuelo de mi alma.

»Dios, que no olvida nunca á los desgraciados, habia querido concederme un hijo para que mis sufrimientos se mitigaran con sus caricias, para que mi pena fuese soportable.

»Ni yo podria escribirte con los verdaderos colores, con los colores de la verdad, lo que sufrí entonces, ni el estado débil y enfermizo en que me encuentro lo permitiria.

»Tengo aun mucho que decirte y temo que la muerte me sorprenda antes de escribir la última palabra en estas memorias.

»Treinta dias trascurrieron para mí en la mas mortal inquietud; treinta dias interminables, largos como el

dolor, tristes como la melancolía; porque yo ignoré durante ese tiempo la suerte de mi esposo, lo que le habia acontecido al padre de mi hijo, y la incertidumbre, esa calentura del alma, me devoraba interiormente.

II.

»Por fin recibí una carta, y una inmensa alegría reanimó todo mi sér.

»La causa de mi esposo habia triunfado. Pedro, con el lenguaje de la satisfaccion, de la alegría, del entusiasmo, me daba parte del triunfo de sus ideas y de la recompensa con que habia premiado el nuevo ministro de la guerra sus riesgos, sus penalidades, sus servicios.

—«Estoy en camino,—me decia,—para realizar todos mis sueños; créeme, Ángela, un hombre que como yo no teme á la muerte y puede decir sin petulancia que es medianamente instruido; un militar que á los veintiseis años se encuentra con el empleo de comandante y á las órdenes de un ministro de la guerra, no es un absurdo que piense ceñirse, con el tiempo, la faja de general.

»No voy á verte porque parto mañana mismo para Francia con una comision del gobierno; pero te amo mas que nunca y pienso siempre en nuestro querido Daniel.»

»Recuerdo, hijo mio, que al terminar la lectura de esta carta, que llenó de alegría y entusiasmo mi corazon, te cogí entre mis brazos, y como si tú, que contabas entonces ocho meses de edad, pudieras comprenderme, te leí aquella carta y pasé, Dios sabe el tiempo,

conversando contigo y dándote besos como una loca.

III.

»Desde París volví á recibir otra carta de tu padre.

»En todas ellas, como podrás enterarte, pues yo te las lego en herencia, ni faltan juramentos de amor ni expresiones de cariño dedicadas á tí; pero siempre me presenta graves obstáculos para que vivamos juntos, y con el pretexto de tu salud y de la paz y tranquilidad que se disfruta en los pueblos, muestra gran empeño en que no nos movamos de Horche hasta que lleguen para España dias mas bonancibles.

»Yo entonces, hijo mio, estaba muy lejos de sospechar la verdadera causa de todos estos obstáculos, porque daba crédito y fé á las palabras de tu padre y creia tan poderosas sus razones, que por nada del mundo le hubiera desobedecido.

»Pero veo que me detengo mucho en los pequeños detalles de una época en que yo me juzgaba feliz, porque me creia amada, y me quedan aun muchas lágrimas que derramar en este manuscrito, muchas amarguras que comunicarte, y los enfermos que, como yo, están amenazados de muerte, deben aprovechar el tiempo.

IV.

»Durante dos años tu padre vino á verme tres veces, y siempre que yo le suplicaba, con los derechos que me

asistian, que me llevara consigo á Madrid, me contaba con estas palabras, cuyo valor no podia comprender entonces:

—«Querida Ángela, tú eres demasiado buena, demasiado sencilla para vivir en la corte. Además, toda nuestra ambicion debe reducirse á asegurar el porvenir de nuestro hijo Daniel. Este pueblo se halla favorecido por los vientos puros y saludables del monte, y nuestro hijo se desarrolla y crece sano y robusto. Permanece, pues, algun tiempo aquí, que yo te juro que cuando Daniel cumpla la edad en que debe comenzar su educacion, vendreis á estableceros conmigo en Madrid.»

»Yo, entonces, no comprendia la infamia que ocultaban aquellas palabras.

»Por esta época experimenté una irreparable pérdida. Mi pobre tia, anciana y achacosa, dejó de existir, víctima de un reuma al corazon.

V.

»Así pasó el tiempo. Tú cumpliste cuatro años, y tu padre, como si la fortuna loca se hubiera propuesto realizar con creces todas sus aspiraciones, me participó en una carta que, protegido por un hombre eminente de la corte, á quien estaba sujeto por lazos de eterno agradecimiento, habia llegado al empleo de brigadier, y que abrigaba la seguridad de que no habia de pasarse un año sin que ascendiera á general. «Guárdate bien, querida Ángela,—me decia,—de cometer la menor imprudencia: no vengas nunca á buscarme á Madrid, porque me hallo

en una situacion grave y tu presencia podria trastornar todos mis planes. Confía en mí y vive tranquila en ese pueblo, pues no está lejano el dia en que yo pueda decir á la sociedad entera: «Hé aquí el ángel que Dios me ha concedido por esposa.»

»Yo daba crédito á todas las palabras de tu padre, yo obececia sumisa todas sus órdenes. Esposa enamorada, su voluntad era una ley que yo acataba con respeto y que por nada del mundo hubiera faltado á ella.

VI.

»Así las cosas, tu salud, hijo mio, comenzó á resentirse, y el doctor Samuel me aconsejó que fuera á pasar una corta temporada al pueblo de Mohernando, cuyas aguas saludables debian serte muy provechosas.

»Yo escribí á tu padre el estado de tu salud y la opinion del médico, é inmediatamente mandó á una persona de su confianza, á un ayuda de cámara llamado Santiago, que dispuso en el pueblo de Mohernando una habitacion y me trasladé contigo inmediatamente.

»Y en verdad que el doctor Samuel tenia razon aconsejándome aquellas aguas, porque á los seis dias de nuestra instalacion en el pueblo, la tos, que tanto te molestaba, comenzó á ceder, y yo, llena de gozo, observé que te restablecias con gran rapidez.

»La fuente prodigiosa, cuyos dos caños, separados apenas por medio metro de distancia, mana por el uno agua fria como el hielo y por el otro un agua templada,

se halla á unos quinientos pasos del pueblo, en una barrancada, al pié de un cerro.

»La Providencia, hijo mio, tiene sus misterios y sus emisarios, y esa Providencia, indudablemente, fué la que me condujo á Mohernando para que la casualidad me hiciera descubrir una gran infamia.

VII.

»Nuestro paseo en Mohernando se reducía á ir desde la casa á la fuente. Yo me sentaba en el banco de piedra y tú pasabas una hora entretenido en esos juegos propios de la infancia.

»Un dia, al subir de la fuente, de regreso hácia el pueblo, encontramos á un caballero vestido de cazador, que se dirigia hácia el monte.

»Sus perros, que, á la carrera y ladrando, se dirigian hácia nosotros, te sobresaltaron y viniste á refugiarte hácia mí, que te cogí entre mis brazos, temiendo tambien que alguno de aquellos perros te mordiera.

»Entonces el cazador me saludó respetuosamente y me dijo:

«Nada tema usted, señora, mis perros no han mordido nunca á nadie. Son un poco alborotadores y han asustado á ese hermoso niño.

»El cazador volvió á saludarme y continuó su camino en direccion al monte.

VIII.

»Yo escribí aquel mismo dia una carta á tu padre.

participándole que tu salud se iba restableciendo notablemente.

»Por la tarde, cuando volví á dirigirme á la fuente, llevándote de la mano, con gran sorpresa mia, ví sentado en el banco de piedra al mismo cazador, pero sin los perros y sin armas.

»Sospeché que aquel hombre me estaba esperando, porque yo era entonces aun bastante jóven y bastante hermosa para inspirar deseos á los hombres. Sin embargo, me aproximé á la fuente, y entonces el desconocido se levantó, y despues de saludarme con respeto, dijo:

—»Esta mañana, señora, mis perros sobresaltaron á este hermoso niño, y yo fui bastante grosero para no dar á usted mis disculpas.

—»Los niños, caballero,—le contesté,—suelen sobresaltarse por poca cosa.

»Entonces el desconocido se inclinó, te dió un beso en la frente y volvió á decir:

—»Supongo, hermoso niño, que no me guardarás ningun rencor por el susto que esta mañana te dieron mis perros.

»Yo, que no me hallaba dispuesta á trabar relaciones con nadie, saludé al desconocido, te hice beber un vaso de agua, y cogiéndote por la mano, regresé al pueblo.

IX.

»Algunos dias despues, yo me hallaba sentada en el banco de la fuente; tú, sobre mis rodillas, oías con ine-

fable gozo uno de esos cuentos sencillos que las madres relatan á sus hijos para entretener su infantil curiosidad.

»De pronto levanté la cabeza y ví parado, inmóvil y con los ojos fijos en nosotros, al cazador desconocido.

»Al pronto me sobresalté. Era la tercera vez que tropezaba con aquel hombre, y creí notar en su mirada algo que me estremecía.»

CAPÍTULO VIII.

Quién era el desconocido de Mohernando.

Para Daniel y Clotilde había llegado á tal punto el interés del manuscrito, que su alma y su pensamiento se hallaban fijos en aquellas páginas. Decían así:

I.

«El desconocido comprendió sin duda el efecto que su presencia me causaba, y dejando asomar á sus labios una sonrisa, como para inspirarme confianza, avanzó un paso, se quitó el sombrero respetuosamente y dijo:

—»Señora: pido á usted perdon si vengo á molestarla; pero tanto usted como su hermoso niño me inspiran sumo interés, porque sospecho que son ustedes víctimas de la falsía de un hombre.

»Puedes calcular, querido Daniel, el asombro que me causarían estas palabras. Así es que, estrechándote contra mi pecho, como si tuviese miedo de perderte, exclamé:

—»¡Víctimas nosotros! ¿y de quién, caballero?

—»De un hombre que es indigno del aprecio que ha sabido inspirar á usted.

—»El desconocido pronunció estas palabras con tal firmeza, con tal acento de verdad, que yo sentí al mismo tiempo un dolor profundo en el cráneo y en el corazón; y llevándome una mano á la frente, exclamé absorta:

—»Pero, ¡Dios mio! yo no comprendo por qué me dice usted esas cosas.

—»El desconocido contestó con la misma entonación, con la misma firmeza:

—»Porque es usted víctima de un miserable; porque Pedro de Lostan la engaña á usted.

—»¿Conoce usted á Pedro?—le pregunté sintiendo un estremecimiento interior.

—»El desconocido se sonrió de un modo espresivo y contestó:

—»Hace muchos años, señora.

—»¿Y tiene usted, segun sospeché, que decirme alguna cosa grave de él?

—»¡Oh! y tan grave, señora! Comprendo que voy á causar á usted mucho daño, que romperé tal vez en pedazos su corazón; pero yo no puedo permitir por mas tiempo que un hombre perjuro, abusando del candor de una mujer virtuosa, la convierta en una mártir.

—»¡Silencio, caballero! ¡silencio!—murmuré yo, temerosa de que tú, que con infantil curiosidad nos contemplabas, oyeras en los labios de aquel desconocido alguna infamia dirigida á tu padre.

—»Está bien, señora,—repuso aquel hombre;—lo

que tengo que revelarle es demasiado grave, y le suplico que me conceda una entrevista sin testigos. —» Pero esa entrevista que usted me pide puede perjudicar mi reputacion. —» Una madre debe arriesgarlo todo por su hijo, — repuso. — Además, no tema usted, señora; yo sé lo que usted merece y lo que yo me debo.

» La mujer que se haya encontrado en mi situacion, aquella á quien le hayan dicho: «El hombre á quien amas te engaña, te vende, es indigno del amor que le profesas,» no se estrañará que yo concediera una cita al desconocido en mi misma casa.

II.

» ¡Ah! ¡si pudieras imaginarte con cuánta impaciencia esperé á aquel hombre! —» Hay horas en la vida en que los minutos tienen una duracion insoportable.

» Yo me hallaba sola en la modesta sala que nos servia de albergue, cuando ví presentarse en la puerta al desconocido.

» Su semblante, pálido y demacrado, y la extrema vivacidad de sus ojos daban á su rostro una espresion de astucia y malignidad; pero el traje que usaba y sus maneras decian á las claras que era un hombre distinguido.

» Confieso que entonces me ocupé poco de estas cosas. Lo importante, lo esencial para mí era que me revelara

lo que me habia ofrecido, y sobre todo, que me probara por qué habia dirigido palabras tan ofensivas á Pedro.

III.

»Al verle, inmóvil junto á la puerta y mirándome con una fijeza que me hacia daño, entre turbada y absorta, le dije:

—»Supongo, caballero, que no tendrá usted inconveniente en revelarme su nombre.

—»En Madrid, señora,—me contestó, siempre sonriéndose, porque la sonrisa estaba encarnada en sus labios,— en Madrid me conocen con el nombre del conde de la Fé, pero mi título y mi alta posicion social deben á usted serle completamente indiferentes, pues no soy mas que un hombre que, guiado por su rectitud y su conciencia, viene á decirle que es usted víctima de la hipocresía y la falacia del general Lostan; porque indudablemente usted ignora que Lostan no podrá nunca reunirse ni con usted ni con su hijo Daniel.

»Todas estas palabras, hijo mio, quedaron tan vivamente grabadas en mi memoria, produjeron tan viva impresion en mi alma, que las recuerdo como si estuviera oyéndolas en este momento que te escribo.

—»¡Nunca! y, ¿por qué, caballero?—volví á preguntarle con tembloroso acento.

»El desconocido fijó en mí su penetrante mirada, y despues de una corta pausa, dijo:

—»Porque su esposa, la marquesa del Radio, no ha de consentirlo jamás.

»Yo lancé un grito.

»Me pareció sentir como si la punta de una espada penetrara en mi corazón; se oscurecieron mis ojos; un ruido vago, abrumador, resonó en el fondo de mi cráneo, y exclamé con desolado acento:

—»¡Pedro casado! ¡imposible, imposible! ¡esto es un sueño espantoso!

»Y cubriéndome el rostro con las manos, comencé á llorar amargamente.

IV.

»Yo quisiera, Daniel de mi alma, para que tú te formas una idea del estado de mi espíritu en aquel instante, poseer una de esas imaginaciones privilegiadas que saben expresar, con el encanto de la verdad y la ternura del sentimiento, todos los efectos que siente un alma dolorida. Pero yo, pobre mujer, nacida para amar y sufrir, educada en un pueblo, solo puedo narrarte mi historia, dejándome llevar por las impresiones de mi alma.

»Yo no podía dar crédito á las palabras de aquel hombre.

»¿Cómo era posible que Pedro me hubiera faltado tan villanamente á mí, que tanto le amaba; á mí que era la madre de su hijo?

—»¡Es un sueño! ¡es un sueño!—repetí levantando la cabeza: pero al fijar mi mirada en los ojos de aquel hombre, advertí que sus labios se sonreían de un modo frío que daba miedo.

—»Es una realidad terrible, señora. Lostan, cegado por la ambicion, hace dos años contrajo matrimonio con la hija de los marqueses del Radio, porque emparentando con ellos, creyó mas fácil la realizacion de sus deseos; y hoy, padre de una hermosa niña que le asegura la inmensa fòrtuna de sus abuelos, tengo la seguridad de que no romperá por nada ni por nadie con la marquesa, y que usted será la víctima, la mártir destinada al sacrificio.

—V. —«Gracias, señor conde, le contesté:—si algun dia

»Quise hablar, pero la voz se estinguió en mi garganta; un temblor general agitó mi cuerpo, y quedé como desvanecida algunos momentos.

»En vano procuraba persuadirme á mí misma de que todo aquello era un sueño, una pesadilla. Aquel hombre, inmóvil como una estátua, frio como el mármol, me demostraba que era una terrible realidad.

»Durante algunos momentos me fué de todo punto imposible pronunciar una palabra; pero por fin hice un esfuerzo, y como el reo de muerte que desea concluir pronto con la tortura y el espanto que le sobrecoge, exclamé con desesperacion:

—»¡Es preciso que yo sepa la verdad por terrible, por espantosa que sea! Si el rayo ha de herirme, prefiero que sea pronto; pero antes de sucumbir defenderé los derechos de mi hijo, de mi querido Daniel, y, madre amorosa, sabré sacrificarme si es necesario.

»Y como si este arranque de mi corazon me hubiera

prestado las fuerzas que me faltaban, volví á preguntar con energía:

—»¿Dice usted que el general Lostan es el esposo de la marquesa del Radio?

—»Sí, señora: todo el mundo sabe eso en Madrid.

—»¿Y usted, señor conde de la Fé, jura por la memoria de sus abuelos haberme dicho la verdad?

—»¡Oh! en cuanto á eso, no solamente lo juro, sino que ahora y siempre Ángela y su hijo pueden contarme por su protector.

—»Gracias, señor conde,—le contesté;—si algun dia necesito de usted no olvidaré ese ofrecimiento.

—»Y yo tendré un placer en ser útil á las víctimas del general Lostan; pero permítame usted si me atrevo á preguntarle qué es lo que piensa hacer despues de mi revelacion.

—»Abandonar mañana mismo este pueblo,—contesté resueltamente;—es preciso que tenga una entrevista con Pedro de Lostan; necesito saber de sus mismos labios toda mi desgracia.

—»Entonces, señora, vuelvo á repetir mi ofrecimiento; yo partiré tambien á Madrid, y no olvide que en todas las ocasiones me tendrá á su lado para defender sus derechos y su persona.

VI.

»Yo tenia necesidad de estar sola, de llorar, de caer de rodillas ante la imágen del Crucificado, que, suspendi-

da de una de las paredes de mi alcoba, se hallaba puesta allí por una mano piadosa para velar el sueño de los justos, y pedirle que no te abandonara, mi querido Daniel.

»Le supliqué al conde que se retirara; le dije que hay dolores tan profundos, que solo encuentran consuelo en la soledad, en el retraimiento; y entonces aquel hombre, en quien habia notado una mezcla de ángel y demonio, aquel hombre, que mas adelante supe que odiaba con todo su corazon á tu padre, exhaló un suspiro como para demostrarme que se tomaba un vivo interés en mi pena, y me dijo:

—»Comprendo la inquietud y el disgusto que ha causado á usted mi revelacion, y me retiro. Dentro de tres dias me hallaré en Madrid, y será para mí una gran satisfaccion si usted algun dia, concediéndome el dulce nombre de hermano, llama á las puertas de mi casa diciéndome: «Vengo á pedirte el cumplimiento de tu promesa; véngame de ese hombre, que, abusando de mi candor y de mi inocencia, ha roto en pedazos las mas hermosas ilusiones de mi corazon.

CAPÍTULO IX.

**Donde el lector del manuscrito hace
una pausa.**

Daniel suspendió la lectura por un momento: tenía necesidad de respirar. El interés que le inspiraba el manuscrito, el afán con que devoraba la sencilla y dolorosa relación de su madre, iba poco á poco oprimiendo su espíritu.

El nombre del conde de la Fé consignado en las páginas del diario, era para Daniel un nuevo interés; porque al tomar su falso protector una parte activa en aquel terrible drama de familia, le anunciaba por lo menos descubrir los bastardos intentos de la fingida protección del conde.

Clotilde, que sentía los mismos efectos, las mismas emociones que Daniel, le dijo:

—Descansa un momento, hermano mio; ven, respiraremos un poco el aire puro de la noche que nos envían las brisas del lago.

Y cogiéndole cariñosamente de una mano, le condujo hasta una ventana que abrió ella misma.

La luna continuaba serena iluminándolo todo. El céfiro nocturno, impregnado del aroma de los campos, oreó aquellas dos frentes juveniles, tan hermosas como pudiera pintarlas el deseo.

El lago Lemán se extendía silencioso y poético al pie de aquella ventana.

El astro de la noche reflejaba sus rayos en aquella inmensidad de agua, que brillaba á trechos como un espejo de acero.

—¡Ah, Clotilde!—esclamó Daniel estrechando contra su pecho una de las manos de su hermana;—nunca tan pobre corazón ha sufrido tan impetuosas conmociones como esta noche. Á la vista de ese manuscrito, humedecido tantas veces con las lágrimas de mi desgraciada madre, siento agitarse á un tiempo en mi alma el temor y el deseo. Por nada del mundo dejaria de concluir la lectura de sus páginas, aunque supiera que al descifrar la última palabra me costara la muerte.

—Sí, dices bien, Daniel: es preciso concluir la lectura de esas páginas por triste, por doloroso que sea. ¡Ah! tristeza grande, dolor profundo es para nosotros que tu madre no exista, que ese ángel de la tierra, ese mártir de bondad haya bajado á la sepultura; porque si ella viviese seria tanto el amor que los dos le profesáramos, que volveria á renacer en su corazón la felicidad y la alegría en su alma. Porque, ¿qué dolor, por grande que sea el de una madre, no pueden mitigarlo sus hijos á fuerza de cariño?

—Clotilde, tú eres buena; tú eres en este momento

para mí,—contestó Daniel con entusiasmo,—lo que esas frescas y cristalinas fuentes que manan del seno de una roca son para el sediento y fatigado viajero. Tu voz angelical resuena en el fondo de mi alma como el grito de libertad para el cautivo, y el cariñoso flúido que despiden tus hermosos ojos penetra en mi pecho con la dulzura de la esperanza. Si yo hubiera tenido la desgracia de encontrar ese pergamino sin conocerte, al terminar la lectura de sus últimas páginas hubiera indudablemente comenzado un drama terrible; y yo, tal vez maldecido por los hombres, hubiera concluido mi existencia en medio de un lago de sangre; pero tú, ángel mio, eres la blanca paloma que viene á presentarme el ramo de olivo, símbolo de paz; la intercesora cariñosa que, como un ángel celeste, te presentas entre el ódio y el perdon, para calmar las tempestades de mi pecho. Bendita, pues, una y mil veces seas tú, porque es indudable que Dios te envia para salvarnos.

Y Daniel imprimió un cariñoso beso en la frente de su hermana.

—Habla, hermano mio, sigue pronunciando esas frases de perdon y de consuelo que con tanta dulzura resuenan en el fondo de mi alma, porque lo horrible, lo espantoso de este drama de familia que conmueve nuestros pechos, que agita nuestros espíritus, es que el hombre que tanto daño ha causado á tu madre, que es aquel que despues de darte el sér te abandonó, debe ser querido y respetado por nosotros, porque nunca hay razon para ofender á un padre.

—Dices bien, Clotilde. Cuando termine la lectura del manuscrito, yo te probaré de lo que es capaz mi alma. Pero ya hemos respirado un instante el viento puro de la noche; volvamos, hermana mia, volvamos á continuar la lectura de esas tristes páginas.

Daniel y Clotilde volvieron á ocupar sus sillas.

Ellos, vivamente impresionados con los acontecimientos que habian tenido lugar aquella noche, lo habian olvidado todo, y á Clotilde tal vez podria tachársela de olvidadiza, porque sin preocuparle la idea de dónde pudiera hallarse su padre, no se tomó ni siquiera la molestia de preguntarlo á nadie.

Pero hay momentos en la vida en que, á pesar de las circunstancias, los seres mas consecuentes y mas cariñosos pasan por olvidadizos é ingratos.

Además, Clotilde creia que su padre se habia ausentado aquella noche para darle tiempo á que leyera el manuscrito, y esperaba verle á la próxima mañana, porque ella, á pesar de todo cuanto habia ocurrido, amaba al general Lostan con toda su alma.

—Continúa, hermano mio, continúa la lectura de esas memorias, que aun tienen que revelarte grandes acontecimientos, todos ellos para tí de sumo interés.

Daniel continuó la lectura con acento mas tranquilo, con voz mas serena.

Decia así el manuscrito:

I.

«Ya puedes comprender, hijo mio, que la revelacion

que acababa de hacerme el conde de la Fé habia herido mortalmente y de un solo golpe mi corazon, desvaneciendo todas las hermosas ilusiones de la juventud, todos esos sueños poéticos que forman el encanto de la mujer en sus horas de tranquila soledad.

»Yo amaba á mi esposo con esa ternura, con esa sublime abnegacion que solo se comprende en el primer amor, en ese primer amor que embellece la primavera de la vida y que, apoderándose de nuestra alma, crece hasta el punto de formar en nosotros una segunda naturaleza, que no nos abandona sino á las puertas del sepulcro.

»Yo habia formado en mi corazon un santuario é iba depositando, una por una, todas las palabras, todas las promesas de amor que habian brotado de los labios de mi esposo.

»Al verme sola, despues de derramar abundantes lágrimas, sentí de repente sublevarse en mi pecho la dignidad ofendida; un grito extraño se escapó de mi corazon, y sentí un vivísimo deseo de saber la verdad, por amarga, por terrible que fuese.

»Pero este entusiasmo, esta energía duraron poco. Las lágrimas se agolparon en tropel á mis ojos, y, pobre mártir, dedicada al sacrificio por un hombre egoísta, no supe hacer otra cosa que llorar.

»Llorar, sí, porque ¿de qué otra manera pueden expresar los corazones puros, las almas virginales todas las emociones que conmueven su sér?

»No lo olvides, hijo mio, aunque seas hombre, ten

presente siempre en las grandes amarguras de tu vida que el llanto es un bien que mitiga el dolor, una vía dolorosa del espíritu por donde se exhalan las penas, haciendo mas llevadera la amargura.

II.

»Mi primer pensamiento, al desaparecer el conde de la Fé, en el instante en que me quedé sola, fué trasladarme á Madrid, buscar á mi esposo y pedirle cuenta de su conducta, y al encontrarle, decirle: «¿Qué te ha hecho esta pobre mujer, que tanto te ama, para que, abusando de su buena fé y credulidad, te complazcas en hacer pedazos su corazón?»

»Pero ¡ay! un alma dolorida es un alma atribulada que vacila, que se siente morir, que desfallece y que le basta un segundo para cambiar de pensamiento. Por eso yo, á medida que el dolor era mas profundo, sentia, al mismo tiempo, que se iba serenando mi espíritu, y temiendo cometer una imprudencia que fuera terriblemente fatal para mi hijo, recordé estas palabras, que con tanta precaucion en sus escritos y en sus entrevistas me habia repetido mi esposo:

—«Guárdate bien, querida Ángela, de cometer la menor imprudencia; no vengas nunca á buscarme á Madrid.»

III.

»Después de algunos momentos de lucha me resolví á esperar á Pedro en Mohernando.

—»Él vendrá á verme,—me dije,—y entonces yo sabré si es verdad ó mentira lo que me ha dicho el conde de la Fé.

»Al dia siguiente supe que el conde habia abandonado el pueblo, y aquella misma noche, cuando la campana de la iglesia tocaba las oraciones, un jinete se detuvo delante de la puerta de mi casa. No tuve necesidad de verle para reconocerle. Salí corriendo á su encuentro: era tu padre, era mi esposo.

»¡Ay, hijo mio! cuando se ama con toda el alma es tan doloroso creer las maldades que nos cuentan del sér á quien amamos, que se necesitan muchas pruebas para que el convencimiento llegue hasta el corazon.

»Pedro se arrojó en mis brazos, y yo, en aquel instante, olvidándolo todo, volví á creerme la mujer mas dichosa de la tierra, y, lo confieso con la ingenuidad de mi alma, al sentir los latidos de su corazon sobre mi pecho y el contacto de sus labios sobre los mios, creí que el conde habia sido un calumniador.

IV.

»Dios ha querido concederme bastante memoria para que yo recuerde todos estos acontecimientos con gran exactitud y pueda consignarlos, sin añadir ni una sola palabra, en este diario.

—»¡Ah, querido Pedro!—esclamé,—si tú comprendieras el placer que me causa tu presencia, no te separarias nunca de mi lado.

—»Muchas veces, Ángela mia,—me contestó Pedro estrechando mi cintura con sus brazos,—me pasa por la imaginación la idea de romper todas las relaciones que me unen con los hombres de mi partido, y abandonando la corte, venir á refugiarme en tu modesto hogar para no separarme nunca de tí ni de mi querido Daniel. Pero, desgraciadamente, me creen un hombre útil y no puedo aun realizar mis deseos.

—»¡En verdad, querido Pedro, que tú me crearás una mujer egoísta!—esclamé llena de gozo;—desde que te he visto entrar por esa puerta, que debia haberte hablado de nuestro hijo; ven, ven, le verás dormido; estoy segura de que tu alma va á experimentar un momento de verdadero placer.

V.

»Entonces los dos, cogidos de la mano, nos dirigimos á la alcoba en donde tú dormias tranquilamente. Levanté la cortina que cubria tu lecho, y con ese acento que solo á las madres les es dado formular, añadí:

—»¿Le ves? la salud fortalece rápidamente su cuerpo; ¡oh! nunca olvidaré este pueblo que ha devuelto la vida á nuestro hijo.

»Tu padre permaneció algunos instantes contemplándote con verdadero éxtasis.

»Yo no quise interrumpir, durante algunos minutos, aquella contemplación silenciosa, que perfumaba mi alma de amor y de esperanza.

»¡Oh! ¡parece imposible que aquel hombre me engañara tan villanamente!

»Perdona, hijo mio, esta exclamacion que exhala mi pecho, porque no es mi ánimo dejar en tu alma la semilla del rencor.

»Pedro avanzó algunos pasos hasta quedarse junto á la cama, inclinó el rostro como para darte un beso, y yo entonces le detuve, diciéndole en voz baja:

—»No le despiertes; ¡es tan dulce el sueño de la inocencia!

—»Como quieras; tiempo tendré para besarle,—me contestó sonriendo,—pues pienso permanecer con vosotros un par de dias.

—»¡Tan poco tiempo!

—»Los hombres como yo no se pertenecen, querida Ángela,—me contestó.

—»Sí, es verdad, volví á decir yo exhalando un suspiro, pero eso es una desgracia para las pobres mujeres y para sus inocentes hijos.

»Entonces cruzó por mi imaginacion un vértigo, sentí dentro de mi sér un sacudimiento general, y cogiendo á Pedro por un brazo, le dije con una sequedad que ni yo misma podia explicarme:

—»Ven, Pedro, ven; tenemos que hablar.»

CAPÍTULO X.

Donde el sueño de Ángela se convierte en
realidad.

II.

I.

«Conduje á Pedro hasta la sala próxima. Él me siguió, quizás sin sospechar las terribles preguntas que iba á dirigirle.

»Una vez allí, hice que se sentara en una silla; yo ocupé otra á su lado, y cogiéndole ambas manos y mirándole con fijeza, como el que pretende leer en el fondo de la conciencia, le dije:

—»Pedro, ¿no es verdad que tú me amas demasiado para engañarme?

»Noté que esta pregunta le desorientaba un poco; pero reponiéndose inmediatamente, me contestó sonriendo:

—»¡Estás loca! ¿por qué me preguntas eso?

—»Porque he tenido un sueño horrible,—le respondí.

—»¡Bah! ¿quién hace caso de los sueños?

»Yo tenia cogidas sus dos manos. De este modo me era fácil comprender cualquiera emocion que esperimentara, y tenia la seguridad de que, á ser culpable, no podria ocultármelo.

—»Ya sabes, querido Pedro,—le dije,—que á las madres les sobresalta de continuo la idea del porvenir de sus hijos.

—»El porvenir de Daniel está asegurado, querida Ángela. Yo soy su padre y no he de olvidar nunca mi deber.

II.

»Pedro hablaba con bastante tranquilidad.

»Yo sentia una lucha secreta que agitaba mi corazon. ¿Cómo es posible,—me decia,—que el conde de la Fé sea tan infame que, por el solo placer de atormentarme, haya venido á este pueblo á calumniar á mi esposo? ¿y cómo es posible tambien que Pedro me engañe?

»Muchas veces las desgracias de las criaturas consisten en que, crédulas y confiadas, juzgan á las demás por ellas mismas, y mi alma rechazaba la idea de que Pedro me hubiese vendido tan infamemente. Las lágrimas asomaron á mis ojos, y esta exclamacion, llena de la amargura que agitaba mi sér, se escapó de mi pecho:

—»¡Ah, Pedro, tú ya no me amas!

—»Pero, ¿qué es lo que tienes?—me preguntó,—¿por qué lloras, por qué tiemblos, por qué palideces?

»Pedro me estrechó contra su corazon, y yo entonces le dije con la ternura de un alma enamorada:

—»Si tú me engañas, moriré de pena y de dolor.

—»¡Engañarte yo, vida mia!—esclamó con vehemencia.—En verdad que te encuentro hoy como nunca: siempre te he visto alegre, contenta, confiada, y me extraña oír tus temores y ver asomar á tus ojos las lágrimas.

III.

»Yo comprendí entonces, hijo mio, que no debía prolongar por mas tiempo mis vacilaciones.

»Aquella cuestion, la mas grave de toda mi vida, era preciso resolverla en el acto; pero al mismo tiempo temia relatarle las importantes revelaciones que el conde de la Fé me habia hecho.

»Mis palabras podian comprometer la existencia de dos hombres. Necesitaba de una gran prudencia para realizar mis deseos sin que mis palabras provocaran un odio mortal entre el conde de la Fé y mi esposo.

»Al mismo tiempo desconfiaba de mí misma, dudando si, una vez pronunciada la primera palabra, podria contener mi lengua.

»Despues de un momento de lucha, sentí, de repente, reanimarse mi valor, y dije de este modo:

—»Pues bien, Pedro, no debo ocultarte nada. He tenido un sueño terrible, espantoso, una pesadilla que en vano procuro desechar de mi pensamiento.

—»Sepamos qué sueño es ese,—contestó Pedro dirigiéndome una sonrisa forzada.

»Vacilé un instante. El temor y el deseo luchaban

dentro de mi sér, pero no podia detenerme; era preciso acabar, y añadí:

—»He soñado que amabas á otra mujer.

—»¡Estás loca!—esclamó Pedro sin poder ocultar un movimiento de disgusto.

—»¡Oh! mi sueño ha sido horrible,—volví á decir fijando con mas tenacidad que nunca mis ojos en Pedro,—tan horrible, que la sola idea de relatarlo me espanta y hiela mi sangre. Escucha, pues, Pedro mio, y comprenderás la razon de mi inquietud.

IV.

»Yo me habia vuelto á apoderar de las manos de mi esposo y seguia mirándole con abrumadora fijeza.

»Pedro, que no podia explicarse la agitacion que en mí notaba, comenzó á perder la serenidad.

»Y esto es, sin duda, hijo mio, que hay momentos en la vida en que no bastan el valor ni la fuerza de voluntad para ocultar el grito acusador que, impulsado por el remordimiento, se levanta en el fondo del alma.

»Entonces comprendí que el conde me habia dicho la verdad. Me parecia leer en la frente de mi esposo lo que pasaba en su conciencia.

—»No sé por qué siento esta gran inquietud dentro de mi sér que me da miedo,—le dije.—No es posible que á una mujer como yo se la engañe tan cruelmente; porque yo no te he ofendido nunca, ¿no es verdad, Pedro? Te he amado siempre, he sido una esposa sumisa y resignada, sin mas voluntad que la tuya.

»Pedro frunció el ceño, fijó en mí una mirada poco tranquilizadora y con un acento duro exclamó:

—»¡Á qué vienen todas esas palabras de doble sentido que me disgustan sobremanera y que en vano busco la esplicacion de ellas! Yo no concibo que una persona de sentido comun pueda dar á un sueño tanta importancia; pero aunque así sea, habla, á ver si por fin nos entendemos.

»Aquellas palabras, pronunciadas con una sequedad nerviosa, me hicieron mucho daño, y comprendiendo que era preciso terminar, añadí:

—»Pues bien, Pedro, he soñado que habias dado el nombre de esposo á otra mujer y que era esa la razon por la que hace cuatro años me obligas á vivir apartada de la sociedad, lejos de tí; y si este sueño fuera cierto...

»El rostro de Pedro se descompuso de un modo terrible: sus ojos despidieron rayos de ira y sus mejillas palidieron hasta tornarse lívidas. Se levantó bruscamente, dirigió una mirada en derredor suyo, como si buscase una víctima para hacerla pedazos entre sus manos, y llevándose primero una mano al corazon y luego á la frente, exhaló un rugido de rabia.

»Pero, de pronto, se abalanzó hácia mí, cogióme bruscamente por un brazo, y sacudiéndolo con violencia, exclamó:

—»¡Tú no has soñado eso!

V.

»Á pesar del dolor que me causaba aquella mano de

hierro, dolor que aumentaba las lágrimas de mis ojos, le pregunté exhalando un gemido:

—¿Luego es verdad?

—»Antes de contestar á esa pregunta,—añadió con voz atronadora,—necesito dirigirte otra. ¿Quién ha estado aquí?

—»Y como yo guardara silencio, anegada en mi llanto, abrumada bajo el peso de mi dolor, él añadió con mas fuerza y sin cesar de sacudir el brazo:

—»¿Quién ha estado aquí? necesito saberlo.

»Pedro terminó su última palabra exhalando un ruido amenazador, y te confieso, hijo mío, que quedé verdaderamente aterrada.

»Me parecía imposible que un hombre pudiera experimentar un cambio tan notable. Yo no hubiera creído nunca que la ira, que el despecho, que la rabia, trastornaran de un modo tal la naturaleza de un hombre.

»Te lo confieso, querido Daniel, entonces comprendí que un hombre, en el estado en que se encontraba tu padre, puede ser capaz de todo, hasta del mas espantoso crimen.

»Sus ojos inyectados en sangre, el temblor nervioso que agitaba su cuerpo, la espresion sarcástica de su boca: ¡oh! me parece que le estoy viendo.

»Como yo guardaba silencio, como yo no tenia ni valor ni fuerza para pronunciar una sílaba, Pedro, que aun no habia soltado mi brazo y que sus dedos se clavaban en mi carne como unas tenazas de hierro, volvió á decir con viva impaciencia:

—»¿Por qué no respondes? ¿por qué guardas silencio? ¡Ah! sospecho que algun miserable ha llegado á tu casto retiro á turbar la paz de tu alma, á herir de muerte nuestra felicidad. Habla, habla, no me ocultes nada, por terribles que sean las revelaciones que debas hacerme, no te detengan ni el temor ni las consideraciones. Tú no has soñado lo que acabas de decirme, y puesto que la fatalidad nos coloca en esta situacion, es preciso terminarla.

—»Sí, dices bien, Pedro,—le contesté,—tenemos un hijo y por él debo arrostrarlo todo; soy madre y el deber me pone en el caso de defender mis sagrados derechos. Ahora respóndeme á tu vez á la pregunta que voy á dirigirte; no temas confesarme la verdad: te amo demasiado y sabré sacrificarme. Eres el padre de mi hijo y nunca arrojaré sobre tu frente la más leve mancha. Respóndeme, pues, con la mano puesta sobre tu conciencia. ¿Es cierto que, olvidando tus juramentos y faltando á las leyes, has dado el nombre de esposo, al pié de los altares, á la marquesa del Radio?

VI.

»La terrible acusacion habia brotado de mis labios.

»Pedro quedó aterrado. Soltó mi brazo y se estremeció de un modo violento.

»Quiso hablar, pero su rostro se inflamó instantáneamente hasta tomar un color amoratado.

»Diríase que aquella naturaleza iba á romperse, que

iba á estallar su corazón dentro de las estrechas cárceles del pecho y que toda la sangre del cuerpo, subiéndosele á la cabeza, iba á producir uno de esos ataques fulminantes que matan como un rayo.

»Yo contemplaba á Pedro con espanto. Llegué á sentir remordimientos, y al verle vacilar y caer desplomado en una silla, no pude contener un grito.

»Entonces corrí á prestarle ayuda; pero Pedro, haciendo uno de esos esfuerzos supremos que solo se comprenden en las grandes situaciones de la vida, volvió á levantarse, y estendiendo hácia mí sus brazos, dijo con un acento trémulo por la ira:

—¡Yo necesito matar al que te ha revelado mi secreto!

»Esta exclamacion penetró dolorosamente hasta el fondo de mi alma, hiriéndome como un rayo. Exhalé un doloroso gemido y caí desvanecida en el sofá.»

CAPÍTULO XI.

Donde el general confiesa su culpa.

I.

«En medio de mi aturdimiento, á pesar de la angustia que en aquellos momentos se habia apoderado de mi corazon, comprendí, querido Daniel, la gravedad de la situacion de tu padre y la desgracia de la mia.

«Nunca he dado cabida en mi pecho al odio. Jamás el rencor ha anidado en mi alma. Es tan hermoso perdonar, que, á pesar de verme víctima y sacrificada, sentí una viva compasion hácia el hombre que, trémulo y confuso, se hallaba á pocos pasos de mí, abrumado por el peso del remordimiento.

«Hubo entre los dos un momento de silencio, hasta que por fin Pedro, tomando una resolucion, despues de exhalar un profundo suspiro, acercó una silla al sofá donde yo me hallaba, y sentándose, me dijo:

—»Puesto que ha llegado la hora de las esplicaciones, yo necesito saber el nombre de la persona que te ha dicho que la marquesa del Radio es mi esposa.

—»¡Eso nunca!—contesté yo temiendo las consecuencias de una revelacion imprudente.

II.

»Pedro se levantó, se puso á dar paseos por la habitacion, y volviendo de nuevo á detenerse junto al sofá, me dijo con una sequedad que me hizo mucho daño:

—»¡Pues bien, elige entre revelarme su nombre ó separarte de mí para siempre.

—»¡Separarnos para siempre!—esclamé yo con uno de esos gritos que brotan del fondo del alma:—¿y nuestro hijo Daniel?

»Esta pregunta causó gran efecto á Pedro, y yo observé que se estremecia conmovido.

»La esperanza me reanimó un poco, pues discurría que mientras su amor fuese mio, yo tenia mucho adelantado para asegurar el porvenir de mi hijo.

—»Daniel será siempre mi hijo,—me contestó;—yo no le abandonaré nunca.

—»¡No le abandonarás! pero, ¿podrá él llevar el apellido que le corresponde sin arrojar sobre su padre una mancha afrentosa?

»Mi pregunta volvió á desorientarle, á aturdirle. Yo leí en su frente toda la espantosa lucha de su alma, y aquel hombre, que habia adquirido una reputacion de valiente, una alta posicion social, temblaba en presencia de una pobre y débil mujer.

III.

»No puedes calcular, Daniel mio, cuán doloroso es para mí recordar todas estas escenas que te harán comprender el martirio de aquella que te dió el sér. O»

»Pedro fué serenándose poco á poco. Parecía como si hubiese tomado una firme resolución!

—Ya que te empeñas en ocultarme el nombre de la persona que ha venido ó que te ha escrito para turbar nuestra felicidad,—volvió á decirme,—no seré yo quien me empeñe en hacerte hablar, pues te amo demasiado para ejercer contigo un acto de violencia; pero te prevengo que no he venido aquí á ver tus lágrimas ni á oír tus sollozos, sino á disfrutar algunas horas los dulces goces de la familia, lejos del bullicio abrumador de Madrid. Pensaba permanecer contigo y con mi hijo hasta mañana por la noche, pero voy á partir inmediatamente. Oye antes un buen consejo que puede ser provechoso para Daniel. Me conviene que nuestro casamiento sea un secreto; altas consideraciones me obligan á ello. Si cometes la menor imprudencia, si das un solo paso sin consultarlo conmigo, si abandonas el ignorado y modesto lugar que te he designado, todo habrá concluido entre nosotros.

IV.

»Aquellas palabras, pronunciadas con tanta frialdad como energía, penetraron de un modo doloroso en mi corazón.

»Tu padre, hijo mio, no me habia revelado todavía la verdad, pero yo adivinaba, á través de aquella amenaza, bajo aquella grave promesa de una separacion eterna, que mi desgracia era cierta.

»Comencé á comprender que empezaba para mí la penosa subida del Calvario, y en vez de revolverme airada contra el hombre que queria imponerme la esclavitud, recuerdo le dirigí estas palabras, que le probaron una vez mas mi debilidad:

—»¡Ah, Pedro! tú no me amas; porque si me amaras, en vez de emplear la amenaza, me dirigirias palabras de ternura y de cariño para tranquilizarme; pero no temas revelarme la verdad; mi corazon es bastante grande, bastante generoso para perdonarte. ¡Qué me importa á mí el mundo! ¡qué me importan la opulencia y las vanidades de esa sociedad que no conozco! Si tú, para ser feliz, necesitas mi sangre, dispuesta estoy al sacrificio: seré una mártir; y si es cierto que has dado el nombre de esposo á la marquesa del Radio, antes de revelar al mundo tan repugnante crimen, yo sabré sacrificarme.

»Pedro habia escuchado mis lamentaciones con la mirada fija en el suelo, sin desplegar los labios.

»Era evidente que en aquel instante pasaba algo tempestuoso por su corazon.

»Yo caí de rodillas á sus piés, y juntando las manos con ademan suplicante, volví á decirle:

—»Dime la verdad; no me ocultes nada; no te detenga el daño que puedan hacerme tus revelaciones: acostumbrada estoy al dolor y al sufrimiento; ¡dichosa yo si,

á costa de mi vida, puedo labrar la felicidad de mi hijo y la tuya!

»Como yo continuaba arrodillada y suplicándole con la mirada y con el ademan, Pedro se puso á dar paseos por la habitacion, sin duda porque no podia resistir la influencia de mis miradas.

»La situacion era altamente grave. Al principio no pude yo apreciarla en todo su valor; pero no tardé mucho en convencerme de que solamente podia resolverse de una manera dolorosa: se necesitaba que hubiese una víctima y yo me hallaba resuelta á serlo.

»Hubo un momento de pausa.

»De repente, Pedro se detuvo en sus paseos, dirigió en derredor suyo una mirada, en cuya vaguedad podia notarse algo de la demencia, y luego, cerrando la puerta con llave, se acercó á mí y me dijo con un acento sombrío:

—»Puesto que lo quieres, sea. Voy á arrancarme la careta ante tus ojos; vas á conocer todo lo repugnante de mi conducta, y luego...

»Pedro se sonrió de un modo tan sarcástico, tan amenazador, que daba miedo.

»Yo no pude contener un grito de espanto.

—»Tranquilízate, Ángela, —añadió Pedro;— una hora despues de concluida la historia que voy á referirte, todo habrá terminado para mí, porque el general

Loſtan, con el pecho cubierto de condecoraciones, sabrá levantarse la tapa de los sesos antes de permitir que una mancha infamante caiga sobre su frente, antes que el fallo de la ley y la befa de la sociedad mancille su nombre.

«Como yo continuaba arrojada y angustiadamente con la mirada y con el semblante se pasó á dar pasos por la habitación, sin duda porque no podía resistir la

VI.

«¡Ah, hijo mio..., mi desgracia era cierta! oye el relato de la confesion que tu padre me hizo aquel dia... óyelo y luego perdona, como yo he perdonado, al autor de todas mis desdichas y de todas mis lágrimas.»

Daniel comprendió toda la gravedad de la historia que iba á leer y levantó los ojos del manuscrito para fijarlos en Clotilde, que, conmovida como él y con los ojos humedecidos por las lágrimas, le dijo:

—Continúa leyendo, hermano mio... La lectura de estas páginas te hará comprender muy en breve nuestra desgracia. Mi padre fué criminal, lo conozco, pero hay situaciones en la vida...

—Querida Clotilde,—contestó Daniel con acento triste:—las villanías... las infamias no pueden disculparse jamás. El que olvida los mas sagrados, los mas santos deberes, sea un villano ó un príncipe, merece el desprecio de los hombres honrados.

—Recuerda que estás hablando de nuestro padre y que te recomienda la clemencia y el perdón la pobre mártir que ya no existe.

—¡Es verdad!—añadió Daniel suspirando.
Y continuó leyendo de este modo:

VII.

—«Yo le pido á mi memoria que sea fiel, para poder reproducir aquí las mismas palabras con que, en aquella noche de dolor, me contó tu padre su infamia.

—«Creo, hijo mio, que las traslado al papel con bastante exactitud: lee y compadéceme.

—«Ángela,—me dijo:—no quiero disculparme á tus ojos; cuando termine mi relato, dueña serás de pronunciar mi sentencia. Castigado estoy por mi misma conciencia, y yo, que nunca he temblado ante los peligros de muerte, yo, que tantas veces me he jugado la vida, estoy temiendo que mi secreto se descubra y me lo echen en rostro, cubriéndome de vergüenza.

—«Pedro inclinó la frente, suspiró, y despues de una pausa, volvió á decir:

—«Hacia próximamente dos años que un sacerdote habia bendecido nuestra union; tú vivias feliz é ignorada en un modesto pueblo, y yo, empujado por la ambicion, me metia en empresas arriesgadas, despreciando la vida, pues deseaba llegar al primer puesto de la milicia.

—«Solo tú, tu buena tia y yo sabiamos nuestra celebrada union; todos mis compañeros me juzgaban soltero; yo no me tomaba el trabajo de decirles la verdad, como si presintiera lo que me iba á acontecer.

»Por este tiempo estreché relaciones con el marqués del Radio, que, emigrado como yo en Portugal y por seguir y defender mi misma causa, comenzó á demostrarme sus simpatías encargándome algunas comisiones arriesgadas.

»Por orden suya y esponiendo mi vida, entré de incógnito tres veces en España.

»Una de estas veces quiso él acompañarme, pues se tenia por seguro un levantamiento general; pero faltando aquellos que debian dar el grito de rebelion, corrimos muchos peligros. Yo, por un rasgo de valor, le salvé la vida.

»Desde entonces se acostumbió á llamarme su hijo y se mostró muy agradecido.

»Yo comprendia que aquel hombre, si subia al poder, me elevaria rápidamente.

»Desde este momento brotó en mi mente la criminal idea que tanto he deplorado, que tan angustiosas pesadillas me ha hecho sufrir y que es causa de todas nuestras desgracias.

VIII.

»El marqués del Radio tenia una hija, aproximadamente de mi edad; yo concebí el pensamiento de casarme con ella, puesto que, rica y noble, contribuiria poderosamente á mi engrandecimiento.

»Á él mas que á nadie le oculté que era casado.»

»Pedro volvió á suspender su relato: estaba pálido,

tembloroso; conocí que sufría mucho, pero ¡ay! ¡no era menos grande mi dolor que el suyo!...

—»Nada te ocultaré, Ángela,—volvió á decir.—Sé que con cada una de mis palabras te clavo un puñal en tu generoso y amante corazón, pero es preciso que lo sepas todo. Cuando regresamos á Madrid, el marqués me presentó á su familia como á su salvador, y aunque doña Beatriz, su hija, me recibió con bastante frialdad, conociendo el carácter de aquel, tenía la seguridad de que, aceptándome él por yerno, su hija acataría sumisa las órdenes de su padre.

»Y efectivamente, trascurrió algun tiempo, durante el cual desempeñé siempre misiones importantes, protegido sin cesar por el marqués, hasta que llegó un día en que me atreví á pedirle la mano de su hija.

»Yo me habia apresurado á dar este paso porque sabia que un noble, llamado el conde de la Fé, hacia la corte á Beatriz. Temí perder la ocasion de emparentar con tan distinguida familia, y aunque luché mucho con mi conciencia antes de decidirme, cegado por la ambicion y confiando en que tú, por tu carácter y tu modestia, vivirias siempre retirada en un pueblo modesto, cometí la infamia de pedir la mano de una mujer, estando casado con otra.

»Hoy, al recordarlo, me espanta mi crimen. ¡Ah! ¡si tú supieras lo que he padecido... el ódio que me profeso á mí mismo, las terribles noches de insomnio que he pasado, los sobresaltos que han agitado mi corazón... estoy seguro que te compadecerias de mí y me perdonarias!...»

IX.

»Pedro tenia los ojos enrojecidos...; gruesas gotas de sudor inundaban su frente, todo en él me revelaba la terrible lucha que tenia consigo mismo.

»Después de un suspiro quejumbroso, como si para proseguir necesitara renovar el aire de sus pulmones, continuó de este modo:

—»Hay palabras que abrasan la garganta al formularse, que queman los labios que las pronuncian. Esta confesion, que me hago con la misma verdad que si me encontrara á las puertas de la muerte, es dolorosa para mi corazon, porque ella me presenta á tus ojos de un modo repugnante.

»La mano de la hija del marqués del Radio me fué concedida, y á pesar de las ventajas que me proporcionaba un enlace tan honroso para mí, te confieso que sentí en el alma una profunda tristeza y llegué á avergonzarme yo mismo del paso que acababa de dar.

»Algunos dias después logramos una dispensa para casarnos en la capilla de casa del marqués del Radio, y todo se arregló sin necesidad de esas enojosas diligencias que preceden al casamiento de un pobre.»

»Pedro hizo una pausa, fijó en mí sus ojos de un modo doloroso, y con una voz que demostraba el profundo sentimiento de su alma, volvió á decir:

—»Ya sabes mi crimen; tengo una hija, inocente criatura, que asegura mi porvenir y que no tiene la menor culpa en mi infamia. Tú eres mi legítima esposa;

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escedan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

Á UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramirez y C.^ª